

El socialismo irreal

La Cuba castrista, entre el dólar y la escasez, no vislumbra la transición

XAVIER BATALLA

La disidencia cubana se dice resignada a esperar el hecho biológico. Diez años después de la caída del muro de Berlín, Fidel Castro insiste en su tozudez ideológica

Mientras no muera Fidel Castro aquí no pasará nada." Raúl Rivero, uno de los disidentes más denostados por el castrismo, no ve el final del túnel después de cuarenta años de revolución. Actualmente dirige una agencia informativa que sólo publica en el exterior, sobre todo en Miami. "Nosotros, que lo conocemos bien, sabemos que escribe en el 'Nuevo Herald', de Miami, y no desinteresadamente", dice Felipe Pérez Roque, ministro de Relaciones Exteriores.

Por los aledaños del castrismo aún circula el chiste del espía de la CIA enviado a la isla caribeña para averiguar lo que pasa. "Señor presidente, no hay desocupación pero nadie trabaja. Nadie trabaja pero se cumplen todos los objetivos de producción. Se cumplen los objetivos de producción pero no hay nada en las tiendas. No hay nada en las tiendas pero todos comen. Comen pero todos se quejan de que no hay comida. Señor presidente, tenemos los datos pero no la conclusión", dice la chanza que dijo el espía, a su regreso, al presidente norteamericano.

Rivero, poeta y disidente que el castrismo sitúa en la órbita de la CIA, no pretende tener todos los datos de la situación, pero ha llegado a una conclusión: el régimen aguanta gracias al Estado policial, que él denomina "el miedo ambiente". "Este régimen no es el de Batista ni el de Trujillo ni el de Pinochet. No hay violencia. Pero es una dictadura científica. Hay miedo ambiente", dice Rivero, sin preocuparse, gracias a la tolerancia derivada de la IX Cumbre Iberoamericana, por los policías que merodean por el lugar de nuestro encuentro, la terraza de un hotel de La Habana.

Rivero, como buena parte de la disidencia interna, se sitúa políticamente en la zona templada. Pero reconoce su debilidad y la de sus compañeros de brega, Elisardo Sánchez, próximo a la socialdemocracia; Gustavo Arcos y Osvaldo Payá, de posiciones democristianas, y Héctor Palacios, liberal. "Los grupos más poderosos son los de extrema derecha, los de Miami", subraya.

El cliente

Sabe cómo le llaman a Fidel?", pregunta Ángel G. mientras mata el tiempo en el Malecón. Ángel G. es estudiante de medicina y atleta. "El cliente", se contesta a sí mismo. "¿Por qué?", vuelve a preguntarse. "Porque siempre tiene razón", concluye. Ángel G., casado —"mi mujer gana el dinero"— y con un hijo de 12 años, es crítico con el estado de cosas vigente. Pero advierte, mientras levanta la vista hacia el cielo, como midiendo la figura del líder máximo: "Ahora le puedo decir lo que digo sobre Fidel, pero si lo tuviéramos aquí delante no sería fácil". A

este tipo de autoridad, a medio camino entre la policial y la paternalista, Rivero la denomina "autoridad paralizante", que es la que, en su opinión, impide cualquier tipo de protesta popular generalizada.

¿Y cuando falte Fidel Castro? Medio en serio y medio en broma, el ministro Pérez Roque sostiene que no hace mucho le dijo a un político norteamericano: "Ahora es el momento de llegar a un acuerdo con Fidel, ya que los que venimos detrás somos mujaidines". Nada de lo que se respira en La Habana, sin embargo, anuncia un cambio.

¿Por qué esta cerrazón a finales de siglo, cuando el régimen va con el paso cambiado con respecto al resto del mundo? Porque los dirigentes cubanos, diez años después de la caída del muro de Berlín, respiran a fondo, con una fuerte sensación de alivio. "Cuba está mejor, muerta de risa, que hace diez años", afirmó la semana pasada Pérez Roque en un encuentro con periodistas europeos en La Habana. Y el régimen, sin tanta escasez material como a mediados de los años noventa, ha recuperado fuerzas para mantener su tozudez ideológica, los "dogmas ajenos" a los que se refiere Gabriel García Márquez.

Lo peor parece haber pasado para los dirigentes cubanos, que en 1994, ya sin la ayuda de la extinta Unión Soviética, sintieron vértigo ante la proximidad del precipicio. En los últimos años Cuba ha dado pasos para integrarse en la economía mundial. Sin embargo, la reforma no tiene como objetivo el desarrollo de una economía mixta o la creación de "enclaves capitalistas", como ocurre en China y en Vietnam. La reforma económica emprendida está destinada, según la versión oficial, a garantizar la supervivencia de la revolución, no a abrir las puertas cubanas al capitalismo.

El resultado de esta reforma es ambiguo, según un informe interno, del 4 de octubre de 1999, de la Comisión Europea. Según este informe, "aunque las reformas han evitado el colapso y han estabilizado las finanzas públicas, los límites de la liberalización y un ambiente desfavorable (la ley Helms-Burton, que pretende castigar las inversiones extranjeras, y el embargo norteamericano) han impedido un crecimiento económico sostenido".

La recuperación económica —un crecimiento del 6,2 por ciento en el primer semestre de 1999— se debe, según subrayan las fuentes oficiales, al plan diseñado por el ministro de Economía, Carlos Lage. Y, según el informe de la Comisión Europea, la reforma económica ha tenido un coste social limitado, con lo que "Cuba mantiene sus sistemas de sanidad pública y educación a unos niveles entre los más altos de América Latina". Pero la disidencia añade: "Antes era el amigo soviético quien subvencionaba al régimen, ahora son los dólares del enemigo instalado en Miami".

Los dirigentes cubanos no se ca-



Cuba reclama daños y perjuicios por el embargo norteamericano



Una mujer cubana sigue por televisión el discurso de Castro ante la mirada de la reina Sofía

"El régimen no es el de Batista ni el de Pinochet, pero es una dictadura científica, hay miedo ambiente", dice el disidente Raúl Rivero

"Después de Castro, su hermano Raúl, con el Ejército, puede hacer la transición; Raúl es más terrenal que Fidel, que se tiene por Dios"

racterizan por su lenguaje aperturista. Antes al contrario, parecen anclados en el "pluralismo singular", la fórmula utilizada —aparentemente sin caer en la cuenta de la flagrante contradicción— por el viceministro de Relaciones Exteriores para Asuntos de Europa, Ángel Dalmau, al referirse al régimen de partido único. "Aquí estamos, empujándonos sobre nuestros pies, más optimistas que nunca", afirmó Dalmau en la reunión con periodistas europeos.

Es decir, la aparente bondad de los resultados económicos, lejos de promover una apertura política, propicia el inmovilismo. Desde principios de 1999, la política interna no sólo ha permanecido estancada, sino que ha transmitido señales de endurecimiento, si se exceptúa una mejora en la libertad religiosa como consecuencia de la visita realizada por Juan Pablo II en 1998. Cuatro disidentes han sido condenados a penas de cárcel y el código penal, en un país con unos 350 presos políticos, según el último informe de Amnistía Internacional, ha sido retocado para endurecerlo. El informe de la Unión Europea, sin embargo, no señala a Cuba como el país latinoamericano con más serias violaciones de los derechos humanos.

Tozudez ideológica

El régimen castrista insiste en su tozudez ideológica, convencido de que el bloqueo —es decir, el embargo comercial decretado hace 37 años por Estados Unidos— ha fracasado y no prevalecerá. "Además del bloqueo hemos sufrido la hostilidad de la más grande potencia que haya existido; y esto nos honra", afirma José Ramón Fernández, vicepresidente del Consejo de Ministros.

Y, llevada de este aparente entusiasmo, la Cuba oficial que esta semana ha recibido la IX Cumbre Iberoamericana sólo está por la labor de cerrar filas en torno al líder máximo. "Se puede ser su enemigo y se puede no estar de acuerdo con él, pero a Fidel no se le puede borrar de la historia del siglo XX", afirma Pérez Roque. Y precisamente por eso, los dirigentes castristas no sólo se resisten numéricamente a cambiar Cuba, sino que dicen estar dispuestos a cambiar el mundo. "Cuba también tiene sus opiniones sobre la violación de los derechos humanos en Europa", añade el ministro.

Pero la dolarización, que ha introducido la desigualdad en la isla, está cambiando Cuba. Hoy día, y según fuentes oficiales, entre el 50 y el 60 por ciento de la población tiene ya acceso a la economía del dólar. Los trabajadores cubanos empleados por empresas extranjeras no cobran sus salarios en dólares. La empresa extranjera contrata a los cubanos a través de una agencia estatal, Cubalse, que, según los casos, puede recibir hasta 500 dólares mensuales por cada trabajador. Pe-